



Junto a la Naturaleza

ES EL MOMENTO EN QUE LA TIERRA, para dormirse, le va dando la espalda a la luz y el humo de las tejas, espeso y lechoso, se va esparciendo en el fondo del valle. No es cosa del otro mundo pintar lo que ven los ojos, que serán pasto de gusanos; pero en el paisaje hay más cosas en las que fijarse: en aquel molino cantarían dos enamorados se dan el primer beso y en el pazo del castaño seco aúllan los perros.

DESDE EL ATRIO DE UNA IGLESIA miramos el valle hundido en la lluvia. El agua que cae sin descanso aplaca el humo azul contra las tejas brillantes de una choza. Los caminos están cubiertos de lama y pasa un vendedor de colchas, caballero en su bestia herrada. He ahí el cuadro de un pintor; pero aún hay más en el paisaje, porque tocan a muerto en el campanario de la iglesia y el sonido es tan desgarrado como si estuvieran tañendo la campana con la misma cabeza del muerto y no adivinamos en qué casa hay desgracia porque todas, todas, están tristes.

NOCHE DE LUNA. En una encrucijada de leyenda un crucero tiene a sus pies la mesa de piedra donde se dejan los muertos para rezarles el responso; por entre los pinos asoma la ría mansa; la luna está colgada de la rama de un pino. El pintor tiene que evocar algo más que una visión, porque en la mesa de piedra del crucero, aquel mismo atardecer, pusieron el cuerpo sin vida de un muchacho que volvió del servicio; por aquella congostra va un seminarista cavilando sobre la muchacha de la pañoleta roja que le robó la vocación. Y a lo lejos cantan un alalá.

MAÑANITA DE DOMINGO. Los montes lejanos tienen azules de Patinir; las retamas y los tojos ponen sus motas amarillas en la divina sinfonía verde del paisaje. Para un artista, el paisaje tiene muchas cosas más, en una rama de aquel manzano el mirlo de Guerra Xunqueiro, todavía «lúcido y jovial», espera al párroco de la aldea para darle los «buenos días»; llovió ayer; las campanas de la iglesia repican una muñeira y por los senderos de las vegas de allá abajo las hormiguitas negras y rojas vienen a misa.

EL TIEMPO ENGALANÓ con una capa de oro y plata el viejo castillo feudal; los esclavos del fisco sachan el maíz en las tierras de labor, entre los sauces sombríos del fondo del valle se avista la hoz del río. El sol azota el lomo de la tierra. Todo está dispuesto para ser pintado porque todo es un regalo para los ojos; pero en el paisaje hay más. Hoy es víspera de San Juan, huele a regazo materno, cantan los grillos y el viento tibio nos trae de lejos el sonido de un bom-

bardino. Mañana nos lavaremos con hierbas aromáticas.

ANOCHECÍA. La silueta negra de un pino se dibujaba en el azul oscuro del cielo. Todos sabéis que en primavera los pinos echan millares de velas, tomando así el aspecto de candelabros gigantes. ¡Cuántas veces sentimos deseos de encender las velas de los pinos! Pues bien; cerca de mi pino tuvo a bien pasar el Viático aldeano (el cura, dos niños, cuatro pobres mujeres que van rezando) y, ¡oh milagro!, el hermano pino, sintiendo el momento religioso y en homenaje a la Sagrada Forma, encendió sus velas, que estuvieron prendidas hasta que el Viático se perdió en la revuelta del camino.

UN DÍA DE NAVIDAD, mirando un paisaje que imitaba un Nacimiento, me di cuenta de que hay más hermosura en las florecillas de los campos que en las flores de jardín. Las florecillas silvestres que nacen en los campos parecen creadas por el Bosco o por Brueghel «el viejo», mientras que las fragantes flores de jardín se parecen a los desnudos mantecosos de Rubens. Desde entonces quise ser un escritor silvestre.



La llaman la «Marquesiña», pero sus piecitos jamás se calzaron.

Va a la fuente, pela patatas, pero la llaman la «Marquesiña».

No fue a la escuela por no tener blusa que ponerse, pero la llaman la «Marquesiña».

No probó más golosinas que una piedra de azúcar, pero la llaman la «Marquesiña».

Su madre es tan pobre que trabaja de jornalera en casa del marqués.

¡Y aun así la llaman la «Marquesiña»!

Camino olvidado que ya no lleva a ningún lado. Un camino calzado con piedra, cubierto de zarzas enjaretadas y de ortigas venenosas, que se pierde en la boca oscura de una congostra.

Yo siempre preguntaba a mi abuela: «¿Dónde va a dar la “vereda vieja”?». Y mi abuela me respondía con cierto misterio: «A ningún lado, mi pequeño».

Aquella «vereda vieja» tiraba de mí y, cuando me hice hombre, me arriesgué a pasarla. Y al otro lado del pavoroso camino me encontré una aldea sin gente.

Casales de buena piedra, lagares que recordaban abundancias, vigas podridas, montones de tejas: todo amortajado con hiedras, zarzas y laureles, y por encima de aquella viciosa vegetación, las flores amarillas y rojas de una viña sin fruto.

Debajo de un nogal seco me senté a desgranar sentimientos que aún hoy están ahí a la espera...

Cuando volví a casa escuché de mi abuela la historia de la aldea olvidada.

—Sucedió que los del lugar, ladrones armados, robaron el monasterio de Armenteira.

Aguardando el momento de repartir las riquezas, el capitán las enterró en un sitio secreto; pero al día siguiente el capitán apareció muerto en su cama y del tesoro nunca más se supo.



Desde entonces todo fueron desgracias. Se morían las yuntas, se pudría la fruta, morían esmirriados los niños, se secaban las fuentes. Para ahuyentar la mala suerte levantaron cruceros por todos lados.

De nada valió nada. Al final todo se supo y aún hoy el lugar está aislado de las gentes de bien.

Donde hay un crucero hubo siempre un pecado, y cada crucero es una oración de piedra que hizo bajar un perdón del Cielo, por el arrepentimiento de quien lo pagó y por el gran sentimiento de quien lo hizo.



¿Habéis reparado en nuestros cruceros aldeanos?
Pues reparad.

La Virgen de las Angustias, labrada en el reverso de muchas cruces de piedra, no es la Pietà de los escultores; es la Piedad creada por los canteros.

Para los artistas canteros Jesucristo siempre es pequeño, siempre es el Niño, porque es el Hijo, y los hijos somos siempre pequeños en brazos de nuestras madres.

Reparad en los cruceros y descubriréis muchos tesoros.

El «Rifante» era un marinero que ganaba cuartos a espuestas pero que en su bolsa se perdían como agua en un cedazo. En tierra, el «Rifante» no tenía seso alguno; en cuanto ponía el pie en su barco, se volvía un sabio. Tenía muchos hijos y muchos nietos, y todos gastaban alegremente porque el mar daba para todo.

Nadie le negó la fama que tenía de buen patrón y buen cristiano; pero a veces parecía tener tratos con el demonio. Largaban el aparejo otros marineros y no cogían nada; llegaba el «Rifante» y se hartaba a coger peces.

El «Rifante» era de por sí espléndido. Estando a punto de morir ahogado se ofreció a Nuestra Señora y le regaló un manto de seis mil reales, además de misa cantada, música, cohetes, trajes nuevos y comida para hartarse.

El «Rifante» tenía fe en su suerte. Una vez enfermó e hizo de patrón su hijo mayor. En cuanto volvió del mar, el hijo se acercó al lecho del padre y tartamudeando de miedo le contó que el aparejo se había quedado trabado en unas piedras. El «Rifante» dijo

simplemente: «No tengas miedo, Ramón; el mar se lo llevó y el mar proveerá». Y después se quedó callado y se giró hacia la pared.



¡Qué confianza tenía el «Rifante» en el mar!

Pero tanta abundancia menguó de repente y el hambre fue entrando en todos los hogares. Eso sucedió cuando cambiaron las artes de pesca y las trañías acabaron con el *xeito*.

El «Rifante» apareció un día delante de mi padre, amigo suyo desde niños además de su consejero.

—Sabes una cosa —dijo—. Hay hambre, ¡hambre!, en casa del «Rifante». Ya sabes que nunca le pedí nada a nadie, pero ahora vengo a llamar a tu puerta para que me prestes mil reales. Quiero ponerle un balcón nuevo a mi casa, ¿sabes?, así cuando la gente

vea que ando de obras no pensará que los míos no tienen qué llevarse a la boca.

Mi padre, que había recorrido medio mundo, le aseguró que el hambre se cura con pan; pero el «Rifante» se tensó y volvió a hablar.

—La vergüenza es peor que el hambre.

Y convencido mi padre de no poder persuadir en tierra a un hombre que solo tenía inteligencia en el mar, abrió la gaveta y cogió mil reales; pero el «Rifante» lo atajó:

—No, ahora no me los des; ya vendré a por ellos.

En la noche de aquel día se escuchó una tropa en nuestra casa. Era el «Rifante» que venía con la mujer, los hijos, los yernos, las nueras y todos los nietos a buscar los mil reales.

La patulea del «Rifante» llenó toda la casa y daba miedo imaginar cómo rodearían a su patriarca pidiéndole pan.

El «Rifante», con la gorra calada hasta las orejas, le pidió los cuartos a mi padre y, al recibirlos de su mano, se descubrió religiosamente y, enseñándoselos a todos, dijo con solemnidad:

—Mujer mía e hijos míos, si muero, ya sabéis que se le deben cincuenta pesos a este hombre.

Y sin decir ni una palabra más, se cubrió la cabeza y se fue seguido por todos, escalera abajo.